

¿Qué representa Mediapart?

PAR EDWY PLENEL
ARTICLE PUBLIÉ LE MARDI 21 NOVEMBRE 2017

He ahí la cuestión que nos planteamos después de estas disparatadas semanas de maniobras políticas y mediáticas en contra de nuestro diario. Estas líneas no pretenden más que tratar de ofrecer una respuesta, mientras Manuel Valls reclama que se nos excluya del debate público. En esta trama, Mediapart sólo es un síntoma: el de un país que sigue sin tener clara ni su cultura democrática ni su identidad plural.

En desplazamiento en el sudeste de Asia durante las dos últimas semanas, he asistido en la distancia, incrédulo y estupefacto, a esta increíble espiral que un equipo soldado en las pruebas ha hecho frente con valentía. Cuando dejé París, el lunes 6 de noviembre, creía haber aclarado los puntos necesarios, la víspera, en dos emisiones de televisión, en la de Mouloud Achour en Canal Plus (*ver aquí*) y la de Apolline de Malherbe en BFM TV (*ver aquí*). La impensable sospecha de que Mediapart habría estado al tanto de las acusaciones de agresión sexual vertidas sobre Tariq Ramadan, pese a lo cual las habría ocultado a sus lectores, a sabiendas, empezaban entonces a circular, sin otro fundamento que no fuese la malicia o, incluso, la calumnia.

A la estela de mis explicaciones orales, nuestro director editorial, François Bonnet, ponía en evidencia, el mismo 6 de noviembre, la campaña política que subyace de este rumor (*leer aquí su artículo en francés :Affaire Ramadan : la croisade des imbéciles* – Affaire Ramadan: la cruzada de los imbéciles).

Aislado tras su fracaso en las primarias socialistas, ahora sin partido dado que no es más que un diputado apadrinado por la formación En Marche!, elegido con tan poco margen que un recurso presentado en el Consejo Constitucional le amenaza, Manuel Valls ha elegido regresar con fuerza de la mano de una línea identitaria y autoritaria en la que la « guerra » al « islamismo », asimilada al terrorismo, es la única pieza del programa (*leer el análisis de Antoine*

Perraud :Manuel Valls en spectre du recours social-national – Manuel Valls en el espectro del recurso social-nacional).

En esta tentativa de reconquista de un espacio político, el ex primer ministro de François Hollande ha decidido utilizar Mediapart como cabeza de turco y lo hace saber, movilizándolo sus apoyos partisanos y sus redes de comunicación con este único fin. La primera señal fue lanzada por la denuncia –en la portada del *Figaro Magazine* del 6 de octubre, donde acordó una entrevista exacerbada–, de los « *agentes del islam* » –no del terrorismo o del islamismo, sino de una religión, el islam –entre ellos, el director de Mediapart (leer aquí mi billete de blog en francés como respuesta: **Leurs passions tristes, nos causes communes** – Sus pasiones tristes, nuestras causas comunes). Después, daba comienzo su campaña mediática, Valls tildaba a Mediapart de « *cómplice intelectual* » del islamismo, lo que, a su entender, significa cómplice del terrorismo.

Es en este contexto en el que, el miércoles 8 de noviembre, aparece la portada de *Charlie Hebdo*, una portada que me caricatura como los tres monos que no ven, no escuchan y no dicen nada, bajo el título: « Affaire Ramadan, Mediapart revela : “No lo sabíamos” ». La Sociedad de Periodistas de Mediapart, en nombre de todo el equipo (*leer aquí*), así como Mathieu Magnaudeix, el autor de nuestra amplia investigación de cinco episodios publicada en 2016 que desagradó tanto a Tariq Ramadan (*la investigación está disponible en este enlace, la reacción de Tariq Ramadan aquí, y el testimonio de Mathieu Magnaudeix desde New York esta disponible aquí*), demostraron la inanidad de la acusación de complicidad que subyace: haber sido cómplice, por nuestro silencio, de violencias sexuales, estas respuestas precisas no consiguieron apaciguar el aluvión mediático. Como tampoco lo consiguieron las explicaciones de François Bonnet en referencia a mis supuestas « *relaciones* » con Tariq Ramadan, ni tampoco el análisis sereno de un jurista que, sin embargo, no nos apoya (*leer en francés en Slate*). Tampoco lo logró la investigación de Marine Turchi sobre el *affaire Ramadan*, la verdadera –las

acusaciones de agresiones sexuales—, primero en un artículo publicado el 28 de octubre (*leer aquí*), después con la revelación de testimonios inéditos, el 15 de noviembre (*leer aquí*).

Esta secuencia quedará, sin duda, como ejemplo de la deriva francesa hacia los hechos alternativos que tanto gustan a Donald Trump; ese rechazo de la información en beneficio de la opinión. Porque, en ese torbellino, ni los textos escritos ni los hechos tuvieron importancia. Todo lo relacionado, en mayor o menor medida, con el islam enloquece a los medios de comunicación y a los políticos; no quedaba espacio para argumentos racionales. Estereotipos y prejuicios mandaban mientras [los redactores de Mediapart] Fabrice Arfi y Jade Lindgaard, encargados de ofrecer el punto de vista de la redacción, padecieron la terrible experiencia en diversos platós de televisión. Despreciando la causa de las mujeres, completamente olvidada y manipulada, el *affaire Ramadan* se convertía en el *caso Mediapart* o en el *affaire Plenel*, mientras que el delito principal de este último era haber publicado en 2014 un ensayo titulado *Pour les musulmans* (inspirado en un artículo de Mediapart de 2013) y cuyo título por sí mismo ya se le hizo insoportable a sus detractores, que nunca se han tomado la molestia de leerlo y aún menos de refutarlo en el fondo.

Cuando te ves arrastrado por un caos así, que es en realidad una relación de fuerzas desigual, nunca hay respuesta perfecta. El silencio —tentador, en señal de altura y de distancia— no detiene el bombardeo que consigue argumentos para denunciar un bochorno sospechoso. En cambio, cualquier réplica es arriesgada por cuanto la maquinaria comunicante que dirige la ofensiva, lejos de buscar el debate, sólo aguarda una torpeza o un mal paso para transformarlo en trampa. Habría bastado una respuesta en forma de tweet y una frase truncada —mi única reacción a distancia— para que el ogro mediático se alimentase a nuestra costa durante una semana, sin tener en cuenta en ningún momento los hechos en sí. El atacante puede cometer todos los excesos, mientras que el agredido no puede incurrir en ninguna debilidad.

Más allá del fondo, no he apreciado el dibujo que me caricaturizaba en la portada de *Charlie Hebdo* porque no me gustan las caricaturas que muestran en primer plano un rostro como lo harían con un criminal en busca y captura. Hacer mención a un « *cartel rojo* » para denunciarlo, como asociación de ideas espontánea que me vino a la mente, no fue muy hábil. Pero, al mismo tiempo, se percibe ese giro paradójico, según el cual en nombre de esa libertad por la que *Charlie Hebdo* ha pagado el precio más alto, el de la sangre, la libertad de crítica de una caricatura o de un diario satírico se ha convertido en tabú. En cuanto a la frase que se me atribuye sobre una « *guerra a los musulmanes* », en la que se ha apoyado el director del semanario en su virulento editorial del 15 de noviembre, se encuentra sacada de su contexto: se trata de un extracto de una breve entrevista radiofónica, dirigida explícitamente al eje ideológico elegido hace tiempo por Manuel Valls cuya tonalidad guerrera asume el interesado.

Sin duda habría sido mejor abstenerse en los dos casos, para no dar ninguna excusa a los adversarios que no quieren debatir sino erradicar. La prueba la ha dado Manuel Valls, que el 15 de noviembre aportaba su explicación al editorial de *Charlie Hebdo*: « *Quiero que se desdigan, quiero que lo paguen, quiero que sean apartados del debate público* », declaró en RMC y BFM, en alusión a Mediapart, a su director y a su equipo. Así, en unas semanas, hemos pasado, en una exageración que supera el entendimiento, de ser agentes del islam a oficiales del islamismo, después cómplices de un supuesto violador y por último responsables potenciales de futuros atentados por una « *llamada al homicidio* », echando mano de « *las mismas palabras que Daech* ».

Al contrario que el adagio, en nuestro caso, todo lo que es excesivo es significativo. Al tomar como rehén el mártir de *Charlie Hebdo*, el ex primer ministro lo utiliza contra la libertad de prensa, instaurando delitos imaginarios de complicidad intelectual propios del maccarthismo e instando a desterrar del espacio público a un periódico cuya sensibilidad le disgusta. No osamos recordarle que, desde 1984, el pluralismo

de los medios de comunicación forma parte del bloque de constitucionalidad francesa; en otros términos, que es uno de nuestros derechos fundamentales.

Cultura democrática e identidad plural

Después de este recordatorio de los hechos, lo más desapasionado posible, queda un interrogante sobre esta agresividad de la que somos objeto, y la palabra se queda corta. La personalización, en torno al director de Mediapart, sirve de pretexto para debilitar a nuestro diario, desacreditándolo o recusándolo. Que existe desacuerdo político entre nuestra redacción y Manuel Valls, hace tiempo que es evidente. Basta con leernos, en numerosas secciones, para encontrar los detalles, ya sea en cuestiones democráticas, sociales o de seguridad, de migraciones y de discriminaciones, de lucha contra la corrupción, etc.

Pero atrás han quedado las ocasiones en que aceptaba venir a dar explicaciones en uno de nuestros encuentros en directo, *live*, en la redacción, semanales o mensuales, según la época, como sucedió en marzo de 2014. ¿Por qué desde entonces lo que debería ser un debate, aunque fuese intenso, ahora se manifiesta en forma de venganza con una virulencia inusitada que no hallará nunca ni por escrito ni verbalmente en boca de ninguno de nosotros? Además, no somos un rival político sino un periódico, al que se nos trata como un adversario mucho más peligroso que un partido de la oposición.

Plantear la pregunta es sin duda hallar la respuesta: se trata de una deriva política hacia posturas autoritarias e intolerantes, contra una cultura democrática respetuosa de la pluralidad de las opiniones y de la independencia de la información. Como periodistas, nuestro oficio, a través de la investigación, el reportaje o el análisis, es siempre aportar matices y precisiones, la complejidad y la contradicción. Se trata del mejor antídoto contra las aversiones que ciegan, haciendo perder el entendimiento como recientemente recordaba el ensayista alemán Carolin Emcke en su *Contre la haine* (*leer aquí nuestra entrevista en francés*).

Por ejemplo, en Mediapart no confundimos islam, islamismo y terrorismo, rechazando convertirlos en un único bloque homogéneo que haría de una religión el caldo de cultivo unívoco de una realidad política uniforme que, ella misma, tendría como consecuencia, inevitablemente, la violencia terrorista (*leer la serie en francés de Joseph Confavreux sobre "Repensar el islam"*). Porque el islamismo en la diversidad de las expresiones políticas que se reivindican de la religión musulmana también es el partido del actual primer ministro marroquí, el PJD; uno de los integrantes de la coalición gubernamental tunecina, Ennahda; el partido del presidente Erdogan en Turquía, el AKP (*en relación, leer mi billete de blog en apoyo a los periodistas turcos encarcelados*); las diversas facciones con las que la ONU y Europa negocian en Libia, o la monarquía absolutista saudí con quien el gobierno de Manuel Valls, y sus predecesores y su sucesor, se reúnen de buena gana.

En otras palabras, sin mostrar ninguna complacencia con los terroristas ni con la ideología totalitaria a la que sirven (*leer especialmente las investigaciones de Matthieu Suc, por ejemplo Así funcionan los servicios secretos del Estado Islámico*), Mediapart se niega a ver la realidad del mundo y de nuestro país a través del único prisma de esta amenaza. Apoyándose en miedos legítimos, el discurso de la guerra es, al contrario, un llamamiento brutal a dejar de entender y a dejar de debatir; en resumen, a dejar de saber. Obviando cualquier otra urgencia – democrática, social, ecológica, emancipadora, etc. – trata de hacernos creer que ahí radica el único peligro que corremos, minimizando la realidad europea en la que van a más los movimientos de la ultraderecha, xenófobos y racistas, antimigrantes y antimusulmanes que se encuentran mucho más cerca de imponer su hegemonía en el debate público que las ilocalizables formaciones islamistas aunque existan políticamente.

Pero, además, en nuestra negativa a plegarlos a un orden del día casi militar, se encuentra también el de jerarquizar entre los sufrimientos, opresiones, violencias y las causas que inspiran. Luchar contra el sexismo, la homofobia, el antisemitismo, el racismo, la

xenofobia, la islamofobia, etc.: todos estos combates contra el rechazo o la persecución de un individuo o de un grupo por su origen, su creencia, su apariencia, o su sexualidad son los nuestros sin que nunca uno de ellos eclipse a los otros. En los países anglosajones, este posicionamiento progresista no sorprendería apenas, por cuenta de su « *interseccionalidad* » en la filiación de un liberalismo político asumido. Pero en Francia, genera desorden.

Hasta tal punto que se llega a diabolizar el hecho de dirigirse a públicos musulmanes –lo que tuve que hacer después de la aparición de *Pour les musulmans* y que en dos ocasiones me llevó a entrevistarme con Tariq Ramadan–, cuando es una magnífica ocasión para defender estas causas comunes de la igualdad, combatiendo las cerrazones comunitarias mediante la afirmación, sin complacencia ninguna, de que una única herida ocasionada a un solo ser humano por lo que es no es sino una herida ocasionada a la nación entera. Y lo que es más, desde su nacimiento, Mediapart se ha enfrentado con constancia a una visión uniforme de la identidad francesa y de nuestro pueblo, defendiendo, por el contrario, la realidad de una nación plural y multicultural (*ver nuestro llamamiento sobre la identidad nacional de 2009* y, también, *este manifiesto por una Francia de diversidad, donde firmé su prefacio en 2016*).

Sin duda está ahí uno de los nudos racionales de la adversidad que soportamos, donde los periodistas cofundadores de Mediapart (François Bonnet, Laurent Mauduit y yo) encontramos uno de los motivos de los ataques continuos, en 2003, cuando dirigía la redacción de *Le Monde*, entonces ya caricaturizados como *agentes anti-Francia (rendí cuentas en un libro publicado en 2006)*. A eso hay que sumarle la intolerancia compartida en las altas esferas dirigentes para con un diario demasiado interesado por los secretos de los poderes políticos y económicos, pero también un diario demasiado celoso de su libertad hasta el punto de parecer dadores de lecciones al resto de la profesión, habida cuenta de lo mucho que tomamos en serio el desafío democrático del derecho

a saber. Más vale dar envidia que dar pena, dice el proverbio y Mediapart es evidentemente un éxito insolente, a menudo salpicado de batallas por imponer sus revelaciones, incluso a veces reprochando, o sacando los colores, a los medios de la competencia o dominantes.

Pero, salvo que se convierta en paranoia esta forma enfermiza de egocentrismo, hay que admitir que, en esta trama, Mediapart sólo es un síntoma: el de un país, el nuestro, que sigue sin tener clara ni su cultura democrática ni su identidad plural. También es síntoma de una época incierta que avanza a ciegas entre impaciencias democráticas y tentaciones autoritarias.

Versión española : Mariola Moreno, **infoLibre, socio editorial de Mediapart**, e Irene Casado Sánchez. Edición Irene Casado Sánchez.

- Lire le **article en français** : *De quoi Mediapart est-il le nom?*

Boite noire

Lanzada en primer lugar por el matemático Michel Broué, presidente de la Sociedad de Amigos de Mediapart, una llamada de apoyo a nuestro periódico recopiló firmas muy diversas, por las sensibilidades y los oficios que estas representan. Esta llamada de apoyo se puede **consultar aquí**, donde cada uno podrá constatar la pluralidad de la lista de firmas, entre las que encontramos a ex consejeros de dos presidentes socialistas de la V República, así como ex diputados del Partido Socialista, pero también aparecen cineastas, actores, productores, escritores, historiadores, investigadores, editores, abogados, periodistas, responsables de asociaciones solidarias o humanitarias, figuras intelectuales del mundo árabe, especialmente de la oposición democrática siria, etc. Una ilustración más de la relación tendenciosa que no respeta la verdad de los hechos que planea sobre esta telenovela mediática, es que esta realidad no impidió al diario *Le Monde* (*leer aquí*) asegurar que, en esta lista, « *apenas encontramos otros signatarios que figuras de la “histórica” izquierda radical.* »

Directeur de la publication : Edwy Plenel

Directeur éditorial : François Bonnet

Le journal MEDIAPART est édité par la Société Editrice de Mediapart (SAS).

Durée de la société : quatre-vingt-dix-neuf ans à compter du 24 octobre 2007.

Capital social : 24 864,88€.

Immatriculée sous le numéro 500 631 932 RCS PARIS. Numéro de Commission paritaire des publications et agences de presse : 1214Y90071 et 1219Y90071.

Conseil d'administration : François Bonnet, Michel Broué, Laurent Mauduit, Edwy Plenel (Président), Sébastien Sassolas, Marie-Hélène Smiéjan, Thierry Wilhelm. Actionnaires directs et indirects : Godefroy Beauvallet, François Bonnet, Laurent Mauduit, Edwy Plenel, Marie-Hélène Smiéjan ; Laurent Chemla, F. Vitrani ; Société Ecofinance, Société Doxa, Société des Amis de Mediapart.

Rédaction et administration : 8 passage Brulon 75012 Paris

Courriel : contact@mediapart.fr

Téléphone : + 33 (0) 1 44 68 99 08

Télécopie : + 33 (0) 1 44 68 01 90

Propriétaire, éditeur, imprimeur : la Société Editrice de Mediapart, Société par actions simplifiée au capital de 24 864,88€, immatriculée sous le numéro 500 631 932 RCS PARIS, dont le siège social est situé au 8 passage Brulon, 75012 Paris.

Abonnement : pour toute information, question ou conseil, le service abonné de Mediapart peut être contacté par courriel à l'adresse : serviceabonnement@mediapart.fr. ou par courrier à l'adresse : Service abonnés Mediapart, 4, rue Saint Hilaire 86000 Poitiers. Vous pouvez également adresser vos courriers à Société Editrice de Mediapart, 8 passage Brulon, 75012 Paris.